

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)
Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al Director de GIL BLAS.

Director: LOUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
Por seis id. . . 28 »
Por un año . . . 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. . . 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administracion y Redaccion, Fuertes, 62, prel.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Parece que los prusianos han obtenido otra victoria sobre los franceses: es claro, si de la república no puede resultar nada que no sea un desastre; si los republicanos son incapaces de hacer algo que no tenga funestas y dolorosísimas consecuencias. ¡Canallas! ¡Haberse dejado derrotar por ejército extranjero! Pues no son esas, ciertamente, las lecciones que han recibido de su último emperador. A buen seguro que se hubiese dejado vencer Napoleon III, no ya por el ejército de Guillermo de Prusia, sino por los ejércitos del mismísimo Xerges.

Pero de poco sirven los buenos ejemplos cuando aquellos á quienes se ofrecen ni pueden imitarlos, ni consiguen comprenderlos: de otro modo, ¿cómo era posible disputar el triunfo á un pueblo que ha contemplado mudo de admiracion la gloriosa campaña del último Bonaparte?

Gloriosa campaña, sin igual en los anales guerreros del mundo, y que principiando en Saarbrück, ha sido una serie no interrumpida de victorias hasta Sedan.

Digan Vds. luego que la cuestion de forma carece de importancia: no carece tal. Mientras en Francia dominó la forma de gobierno monárquica, todo anduvo perfectamente, todo era orden y tranquilidad y bienandanza. El emperador se vió en el duro trance de iniciar una desastrosa guerra solo por dar gusto á sus pueblos, que la deseaban, como los pueblos desean las guerras; y no bien empuñó la espada, los ejércitos enemigos huyeron delante de él como espesas manadas de ovejas tímidas; y tanto dió él en perseguirlos y tanto dieron ellos en huir, que los alcanzó por último, y allí se está con ellos; prueba elocuente y viva de lo que puede conseguirse con tesón y con voluntad enérgica.

Los republicanos franceses—incapaces de Sacramentos—como los republicanos de todas partes, no comprendieron la grandiosidad que encerraba este sublime rasgo de valor y dijeron que el acto de colarse en el campamento enemigo era poco menos que una felonía ó poco más que una infamia; ¡mentecatos! como si ellos, que no tienen cruces, ni son choznos siquiera del rey Chilperico, entendieran algo de honra y de hidalguía. Ya entonces dijimos nosotros los hombres sensatos que la república lo echaría todo á perder, bien que no faltó quien nos dijera que asaz perdido andaba ello.

Pues nada, dicho y hecho; ya han perdido tres mil hombres y siete cañones, y aun no ha trascurrido un mes, cuando—¡esta comparacion lastima!—cuando á los quince dias después de empezada la guerra ya había perdido muy cerca de setenta mil hombres y varias ametralladoras el insigne destronado.

Y aun nos querrán hablar algunos inocentes de las excelencias de la república: ¿dónde están? ¿En qué consiste la virtud milagrosa de esos principios decantados? ¿Para qué sirven esas ideas de las cuales afirman los que hacen ostentoso alarde de profesarlas que son más fuertes que los ejércitos?

Me parece á mí que ninguna ocasión como esta para probar esos merecimientos.

¿Cómo á estas horas no está destruido y aniquilado el ejército invasor?

Hay que desengañarse; probado está que la república nada puede: que los pueblos sin rey, ó sin amo, como á Vds. les parezca mejor, son ni más ni menos como infante sin nodriza, ó como adolescente sin curador: y no se me vaya á destrozar el tímpano repitiendo la trasnochada relacion de nuestra guerra de la Independencia; es verdad que nuestro pueblo llevó á cabo heroicidades que hoy mismo—cuando todavía existen algunos que las presenciaron—nos parecen increíbles; pero bien seguro estoy de que nada hubiesen conseguido si el amor á Fernando no hubiera estimulado su ardimiento al tiempo mismo que la fé religiosa aumentaba su fervoroso brío.

Esto sin contar con que nuestros padres, sobre no tener la horrible mancha de republicanismo, tenían de su parte las plegarias sagradas de los sacerdotes, y aun hay motivos para creer que el mismo Fernando VII (parricida en embrion), si en público felicitaba al primer Bonaparte por sus victorias sobre los españoles, aprovechaba sus ratos de ocio para rezar algun pater noster á Santa Rita para que triunfasen sus amados súbditos.

Por eso, aunque muchos no acaban de convencerse, yo no he vacilado ni un solo momento en admitir que la única salvacion para Francia es la restauracion de la dinastía napoleónica. Ya comprendo que muchos franceses juzgarían esto como una verdadera deshonra, como la prueba más concluyente de abyeccion y de envilecimiento; pero no faltarán otros que, más juiciosos, y sobre todo más despreocupados, caigan en la cuenta de que vale más monarca malo que república buena; y una vez convencidos de esta verdad, la restauracion se consumará por sí sola.

Y prueba de que así conviene á Francia es que precisamente Alemania es de esta opinion, y sabido es el antiguo decir «Del enemigo el consejo.»

Bien lo ha conocido el Sumo Pontífice cuando—después de haber hecho—por pura fórmula—una prueba de si podia ó no resistir al rey de Italia,—ha concluido por retirarse á buen vivir, con la esperanza lisonjera de recuperar lo perdido tan luego como cesen los tiempos azarosos del Ante-cristo en que hoy nos hallamos, y reservándose entre tanto, para no olvidar el oficio de rey profano, un barrio de su antigua corte, del cual barrio tendrá representantes en todas las cortes extranjeras.

La gobernacion de este barrio no ha de darle gran cosa que hacer, aunque por via de distraccion condene á muerte á un par de vecinos por semana, de suerte que pasará sus largas horas ex-comulgando á todo bicho viviente, ó bien despachando indulgencias con gran rebaja y para liquidar por si se acaba pronto la venta.

Entre tanto nosotros continuamos en la más beatita y más envidiable ignorancia.

Y todo ha vuelto á su primer estado con ligeras modificaciones; nuestro embajador en Paris, por ejemplo, en vista de que los prusianos han sitiado la gran ciudad, y comprendiendo que su presencia en el sitio de la catástrofe de nada serviría, ha resuelto permanecer en Vico. Lo que entre el gobierno de España y su embajador en Paris ha sucedido, averigüelo Vargas.

¿Cuánto va que no lo averigua? A. Sanchez Perez.

HORRORES.

Acabo de leer un periódico monárquico y el corazón se me ha cubierto de luto al relato de los horrores que las turbas rojas están causando en Francia.

¡Ay! En vano el rey Luis Felipe y el emperador Napoleon se desvivieron diez y ocho años cada uno para moralizar, para morigerar á aquellas hordas; en vano anduvieron dia y noche desasosegados para acostumarles á la libertad, á la discusion pacífica, al ejercicio del derecho: los bárbaros republicanos, especialmente en Leon y Marsella, desagradeciéndolo y olvidando las saludables lecciones y los paternales cuidados de aquellos benévolos gobiernos, cometen todo género de excesos y dan á conocer bien á las claras que no son siquiera dignos de Orleans ni Bonapartes.

En Marsella la obscenidad de los socialistas ha llegado al extremo de poner preso al virgineo comisario central de la policia napoleónica, y ni siquiera le han muerto como se hacia en Madrid con sus iguales bajo el reinado de la magnánima Isabel, sino que han prolongado su tormento teniéndole en la cárcel hasta que él mismo se ha pegado un tardío pistoletazo.

Además, un coronel rebelde ha fusilado á un niño inerm... No: me equivoco. A ese le fusiló un coronel monárquico en España, sin responsabilidad alguna.

Además, en Leon de Francia se cometió el crimen de tener enarbolada una bandera roja, y el capitán general, rebelándose contra la Constitucion, publica bandos inspirados por la barbarie...

No, no: entendámonos. Que en Leon hay una bandera roja enarbolada es cierto; pero el atropello no castigado contra la Constitucion pertenece al capitán general monárquico de las provincias Vascongadas.

Por otra parte, los desatentados rojos acaban de proceder contra un magistrado...

Aunque tampoco soy exacto: ese magistrado fué víctima, no de los rojos franceses, sino de un coronel monárquico español, dentro de la monárquica España.

Las personas avezadas á cumplir noblemente sus promesas están llenas de escándalo y reprobacion con enérgicas voces á las turbas, que despues de prometer solemnemente la abolicion de las quintas votan una y otra vez su restablecimiento, aunque ciertos periodistas con evidente parcialidad quieran suponer que esta culpa pertenezca á ministros monárquicos de España y no á demagogos rojos de Francia.

La pluma tiembla en la mano cuando se considera todo lo que encierra de horrible la conducta de las mencionadas poblaciones.

El premiado bombardeo de la indefensa villa de Gracia...

Pero no: esto pertenece á los hechos de los monárquicos españoles y no á los excesos de Leon y Marsella.

Iba á decir otra cosa.

Iba á decir:

Que los marseleses y leoneses juntos, inspirados por sus frenéticas pasiones, han cercado de fuerza mercenaria algunos colegios electorales; han asesinado por las calles; han disparado contra los republicanos pacíficamente reunidos en un café...

Pero ¿qué digo? Si esto es lo que hicieron los monárquicos españoles en Villanueva y Geltrú? Se me habian confundido las especies.

Volviendo á los horrores de los rojos, el año pasado se sublevaron doscientos clérigos, y este año se habrán sublevado como unos cuarenta, lo cual, aunque haya sucedido en un país que señala ciento setenta millones al clero, y por más que ese país sea la monárquica España, demuestra bien á las claras que la república es imposible.

Los ojos se llenan de lágrimas al pensar en la sangre que por el ingrato Fernando y la ingrata Isabel ha derramado España en medio siglo, y es imposible recordarlo sin adquirir la persuasión de que la república será imposible en Francia, donde sin más ni más se prende á un comisario de policía napoleónica.

Semejante estado de cosas, siempre, en todos los pueblos cultos, se ha llamado anarquía.

Hasta ahora en Marsella, y en Leon, y en toda Francia, los blancos podian asociarse para explotar industrias, para comprar terrenos, para edificar, para bajar el precio de los jornales, para asegurar de incendios, de lluvias y de comisos sus bienes; los rojos no podian asociarse para nada; ¿de dónde, pues, procede ese espíritu anárquico que hoy domina á éstos?

El gobierno anterior empezó á lo ménos barriendo á cañonazos las calles de París cuando mayor era el movimiento de transeuntes; á lo ménos arrojaba de Francia los ciudadanos á millares; á lo ménos saqueaba los ministerios para acudir á las necesidades privadas del imperio; mas ¡atreverse á poner preso á un comisario de policía! ¡Poner una bandera roja en lo alto de un palo! Esto jamás lo habria hecho. De horrores semejantes, que con razon sobrada producen estremecimientos en todos los corazones generosos, nunca se habria hecho culpable.

Rogamos á los monárquicos nerviosos que no lean lo que sucede en Marsella y en Leon, porque así se evitarán graves desazones.

¡Qué horror!

Roberto Robert.

## D. RAFAEL.

¿A que habian Vds. ya olvidado que D. Rafael Izquierdo es montpensierista, y capitán general y diputado?

Aun no hará una semana, segun creo, que nos lo dijo por última vez; pero era necesario repetirlo, era preciso que el general lo dijera nuevamente, y así lo ha hecho, coincidiendo la publicacion de su último escrito con la inauguracion de las ferias, época á propósito para que á los políticos que quieren hacerse los importantes se les fiera un poco de risa, como se fiera una espada de carton á un muchacho.

Algunos periódicos—¡siempre la pícara prensa!—se han ocupado en el estudio (?) del artículo del general. ¿Ha visto Vd. csadía semejante? ¡Ocuparse de los escritos del general Izquierdo! Pero qué quiere Vd., volvieron á tratar de su humilde persona, y el general no podia dejar pasar desatendida esta circunstancia. ¿Y cómo? «¿Qué dirian de España si yo no disparase otro manifiesto?» habrá exclamado don Rafael: y dicho y hecho; cogió y descargó sobre nosotros un artículo más, que, por fortuna nuestra, ¡ay! no será el último.

Si señor, ha publicado un... documento, de algun modo hemos de llamarlo, notable por su forma y por su importancia. Un documento con dos pisos, como las casas de Andalucía, con recibimiento y sala como las habitaciones modernas, con escrito y prólogo como los libros de siempre, con preámbulo y articulado como decreto de ministerio ó reglamento de sociedad anónima. Un documento, en fin, con estado mayor, flancos, batallones, compañías y todas esas zarandajas incomprensibles para los profanos como yo.

El Puente de Alcolea, dando una prueba de no es-

timar en todo lo que ellos valen los escritos del general, ha quitado á la seccion de variedades su amenidad, trasladándola por esta vez á la primera plana: esto, á la postre, es una muestra de deferencia, ya lo veo; pero vamos, no está bien así.

Porque—obsérvenlo Vds.—cuando D. Rafael quiere aparentar más formalidad, cuando se las echa de importante, cuando publica un escrito en la inteligencia de que su opinion pesa y de que su conducta es el blanco de la política, entonces la frase más lisonjera que arranca D. Rafael á sus admiradores y *leyentes*, es la de: ¡Cosas de chicos!

Y, sin embargo, es algo más que una chiquillada cada escrito de D. Rafael: algo más; me ratifico.

Dice, por ejemplo, en su última obra que su literatura es pobre; y qué, ¿no es esta una manera habilísima de advertirnos que si, en su concepto, los artículos suyos valen poco en la forma, no tienen precio relativamente al fondo?

Y á buen seguro que si, de estas dos advertencias la una es completamente inútil, la otra es absolutamente necesaria.

Y ha hecho muy bien en advertirnos que es una persona humilde. Porque al cabo, esa confesion nunca está de sobra, máxime en un país como el nuestro, en que hay quien se atreve á dudar de la democracia de Berra, de la sinceridad de Prim, del tacto político de Ruiz Zorrilla y hasta de las dotes literarias del general Izquierdo; bien que de esto dudamos muy pocos.

Su artículo, por lo demás, se titula *afirmaciones*, y las publica «porque vuelven á ocuparse de su humilde persona varios periódicos que, titulándose monárquico-democráticos, no quieren romper lanzas con los republicanos, como las tiene él rotas en todos tiempos.»

Bueno es saber que el general Izquierdo las tiene rotas (las lanzas digo); no vaya á creerse que es él como aquel otro de quien se dijo: *Sator Arepo, tenet opera rotas*, endiablada frase, inmortalizada por el autor incógnito de *Las mil y una barbaridades*, que—sin perdon—el libro así se llama. Y que el general Izquierdo ha roto sus lanzas con los republicanos, sabíamoslo todos hace tiempo, pero nunca está demás repetirlo para refrescar la memoria: ahora nadie dejará de recordar que allá... por octubre del año 68, cuando el general dió al mundo la nueva dichosa—sin pedir por ella albricias—de su natalicio, ocurrido un mes antes, dijo que estaba dispuesto á poner su espada al servicio de la república, nada dijo de lanzas; véase cómo, en efecto, ya entonces las tenia rotas, y así continúa.

Las afirmaciones del general son tan dignas de eterna loa y de aplauso infinito como el preámbulo que las sirve de batidor.

La primera demuestra que no piensa como el gobierno y manifiesta un deseo vehemente de que termine la interinidad.

En la segunda dice que su candidato es el consabido príncipe bufo D. Antonio; y nadie podrá desconocer la gravedad de esta declaracion, que si no es nueva es conmovedora; pues revela que el general está en desacuerdo con el gobierno, pero tambien lo está con el país.

En la tercera declara que no ha pensado, ni piensa, ni pensará en dejar la capitania general que ganó á *puñetazos*; como quien dice—aunque se halla en discordancia con el gobierno, en tanto que la capitania general no le deje á él, lo cual por ahora no le parece probable ni cómodo.

Y declara en la cuarta que seguirá contándonos sus impresiones literario-políticas hasta que le eche el gobierno, con el cual no se halla de acuerdo.

Nada de esto es nuevo, conforme; pero es satírico, y encierra un curso de filosofía práctica; en cuanto al epílogo solo diré que es tan interesante como todo lo anterior, y me quedo corto.

«Sirva lo dicho, (dice el general), señor director, para explicar mi marcha política y mi modo de ver en estas cuestiones.»

Ahora que conocemos el modo de ver de D. Rafael Izquierdo, ¿qué más necesitamos? Algo faltaba á la desdichada nacion española; algo echaban de ménos los grandes diplomáticos de la enmarañada Europa; el manifiesto del general ha llenado ese vacío... El Puente de Alcolea ha merecido bien del mundo moderno.

Pero ¡oh! antes de terminar fijense Vds. en una declaracion que hace el manifestante:

«Yo tambien haré uso de mi derecho dentro de la

legalidad en todas ocasiones, y así lo hice al dia siguiente de haberse sabido en esta córte el establecimiento del gobierno republicano en París, puesto que me presenté respetuosamente ante el ilustre presidente del Consejo de ministros, y le manifesté que, no encontrándome dispuesto nunca á apoyar ni trabajar en pró de semejante clase de gobierno, lleno del mayor patriotismo, le suplicaba que si el gobierno se inclinaba á esa fatal solucion, á mi entender, para la patria, desde aquel momento dispusiese del cargo que desempeño.»

Véase—¡si cada línea ofrece un conjunto de cosas admirables!—véase con qué tino hace notar D. Rafael que si bien tiene dos medios de usar de su derecho, el uno dentro y el otro fuera de la legalidad, él solamente empleará el primero: bueno es que renuncie al otro: así podremos reposar tranquilos.

Con qué severa sencillez refiere lo acontecido al recibirse en Madrid la noticia del establecimiento de la república francesa.

No se anduvo por las ramas, ni se paró en pelillos: llenóse los bolsillos con patriotismo del mayor, esto es, de la mejor clase, y así preparado, se presentó respetuosamente al presidente, y le manifestó que semejante clase de gobierno no era de su agrado.

Yo no me explico cómo el general Prim no se apresuró á comunicar esta declaracion al gobierno francés para que en vista de ella tomase las determinaciones oportunas, y no que allí todavía siguen dando vivas á la república; claro, como que todavía no saben lo que nosotros sabemos ya.

Lo de llamar solucion fatal á la solucion republicana, y solucion fatal para la patria, me trae algo confuso: porque... en fin... ó yo he olvidado el castellano completamente, ó fatal significa lo que, necesariamente y á pesar de cualquier obstáculo, ha de suceder.

Esta conclusion del general Izquierdo, tratándose de la república, tiene un carácter de vaticinio involuntario, y... ¿quién podria habérselo figurado?—al fin y á la postre resulta que yo y el general Izquierdo opinamos en esto de la misma manera.

¡Qué ocurrencias tiene el general!

Z.

## VAMOS Á VER.

Supongamos (nada más que por un momento), supongamos que trascurriera un año más sin que pagásemos rey.

Supongamos que durante ese año se disolviera aquella asociacion, cuyos individuos con tonsura y bonete han delinquido.

Supongamos que tambien durante esos doce meses ningun gobernador de provincia procediese contra los ciudadanos que llevasen boinas ú otro tocado cualquiera, aunque ese tocado lastimara el sentimiento estético de la autoridad civil.

Supongamos que ningun capitán general, ni en Barcelona ni en parte alguna, ocupara con fuerza armada los balcones y las azoteas de una poblacion no declarada en estado de sitio, ni colocara piezas de artilleria en la Audiencia ni en la Universidad.

Supongamos que el gobierno, las corporaciones oficiales y los curas párrocos renunciasen á los juegos de azar, que, segun dicen, son autorizado estímulo de la pasion más funesta.

Y... no supongamos más por ahora.

¿Qué sucederia, me pregunto yo, si esas anteriores suposiciones llegasen á realizarse?

El espectáculo de un país eminentemente monárquico viviendo tres años sin rey, podria escandalizar, no lo dudo, al soberano de Prusia, al de Rusia, al de Turquía; pero dentro de España, me pregunto yo: ¿qué sucederia?

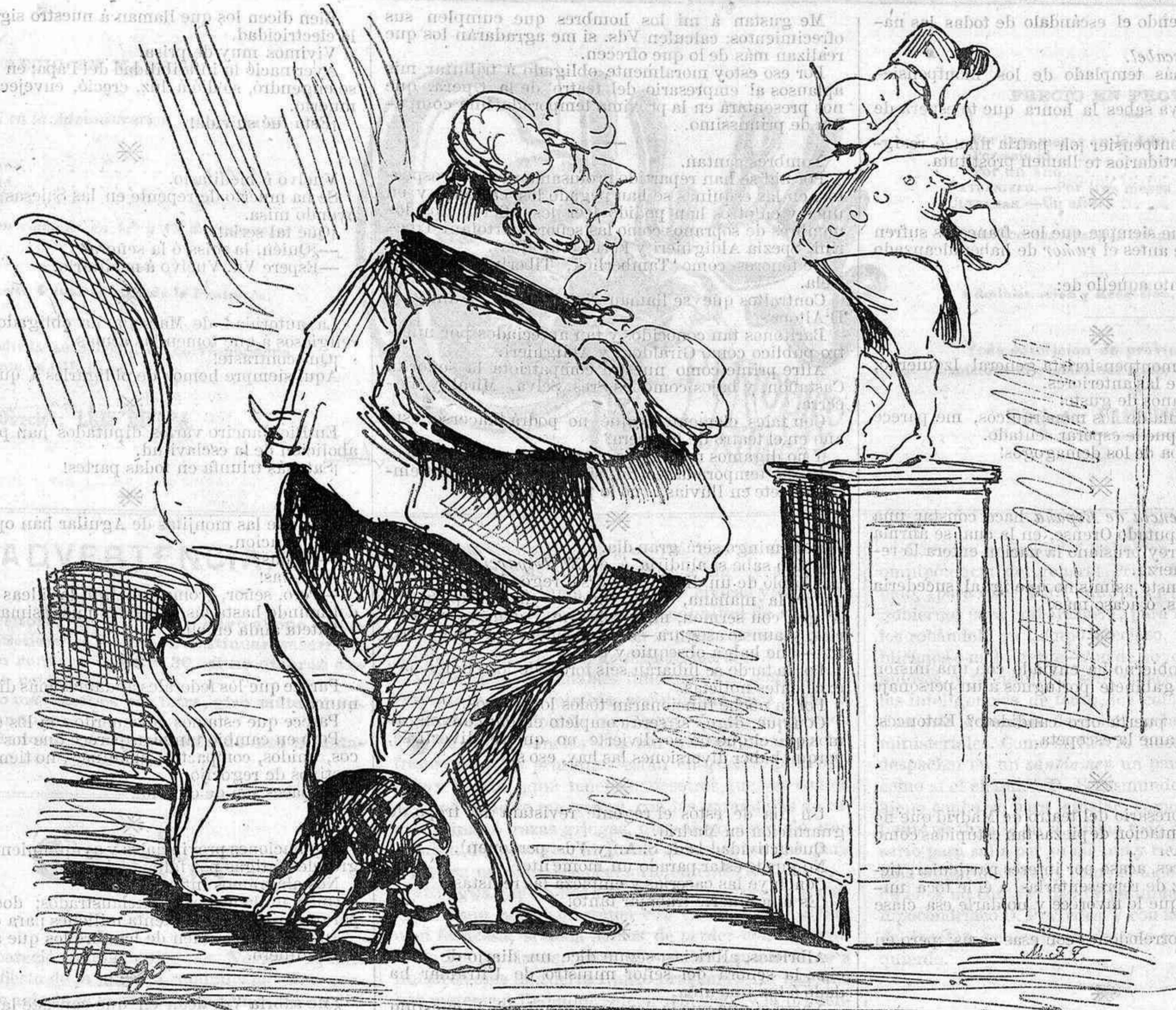
Ya sé que alguna pobre vieja, encorvada bajo el peso de los años, preguntaría alguna que otra vez:

—¿Qué rey nos manda ahora?

Pero yo no me refiero á esas pequeñeces.

Ya sé que las minorías, hasta ahora privilegiadas con el mangoneo del sufragio y con las dádivas palaciegas, pondrian mala cara; pero con respecto á cosas graves, quisiera yo saber: ¿qué sucederia?

Es para mí tambien evidente que los que iban á comer de limosna la sopa de los frailes y ahora arrastran coche, y sin embargo dicen que el mejor tiempo era el de los frailes, ya sé, digo, que esos lamentarian con



### DOS AMIGOS CESANTES.

más ó ménos aparente amargura la falta de rey; pero á la nacion en general, ¿qué le sucederia?

Confieso que no acierto á inferir cosa alguna y me pesa en verdad, porque si yo tuviera el menor don de profecia no habia de escatimar á mis contemporáneos cuantas revelaciones pudieran serles útiles.

Lo de los tres años sin rey me parece que lo tendré averiguado el próximo setiembre, y sobre este punto espero que mis dudas quedarán completamente desvanecidas; pero lo demás...

Si no se da ningun nuevo plazo al clero para que preste juramento á la Constitucion, creo que me pondrá en condiciones propicias para satisfacer otra parte de mi curiosidad, y si el ministro de la Guerra exige la responsabilidad al primer general unionista que afropelle la ley, ó el ministro de Estado al primer cambio que haga otro tanto, ó el ministro de la Gubernacion al primer progresista á quien pille en un renuncio de esos, confio prudentemente en que ya tendré algo más averiguado.

Pero mientras esas condicionales no llegan á ser afirmaciones, yo sigo víctima de mi curiosidad.

Si despues de tres años de no pagar rey se pidiese al entusiasmo monárquico de España la cantidad de veinte ó treinta millones de reales, no sé si el amor á la tradicion haria bailar de gozo á mis compatriotas, ó si la enormidad de la socialia les haria patear de ira.

Si despues de un año de no pagar ciento noventa y tres millones á los eclesiásticos y sus afines pidiese el gobierno otra vez al público esa cantidad, las lágrimas que derramaria el contribuyente podrian ser de escozor y codicia, pero podrian ser tambien de católico regocijo: y estas son cosas que, no viéndolas y examinándolas materialmente, no pueden ser bien juzgadas.

Y si de repente ni coroneles, ni generales, ni gobernadores, ni mitós contundentes abrumasen nuestras costillas, la novedad podria producir desagrado

por venir á contrariar antiguos hábitos; pero tambien podria hallar buen número de aficionados solo por ser novedad.

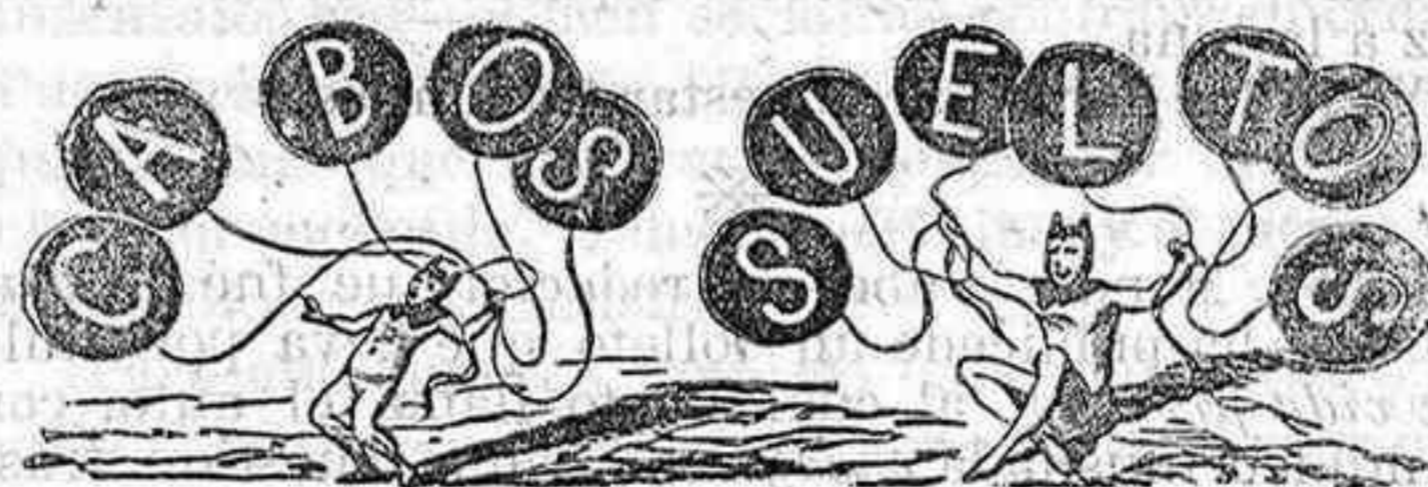
¡Ay qué ganas tengo de ver por mis propios ojos lo que resultaria de lo que tan fácilmente puede suceder y nunca sucede!

— Yo me pongo á la mira, atisbo, no pierdo ripio; por dé pronto solo veo que el rey no viene; lo demás...

Lo demás es cosa que solo dentro de un año puede realizarse; pero no importa: voy á tomar un asiento y á esperar á que pase ese año.

Vamos á ver.

Roberto Robert.



Suplico á quien esté enterado se sirva sacarme de dudas.

Hubo un tiempo en que yo ¡inocente de mí! creia que me estaba bien apoyar á cualquiera república que me deparase la suerte.

Pero vino el Directorio republicano español y me mandó no aceptar y combatir, con el mismo furor que á la monarquia, á la república unitaria.

Hoy me encuentro con un recado de atencion del Sr. Orense, miembro del Directorio, en que me aconseja que vaya á combatir en favor de la república francesa, que es unitaria.

Y aquí tiene Vd. mi confusion.

Si yo no he de aceptar nunca la república unitaria en mi patria, ¿por qué he de ir á combatir por ella en el extranjero?

—¿Pero el gobierno español reconoce ó no reconoce lo hecho por su embajador en Paris?

—Ni lo uno ni lo otro.

—Vamos, como siempre, no se atreve á decir sí, ni quiere decir no.

—Pues mira, bien reflexionado todo, estoy por dar la razon al gobierno.

—Pues no la tiene.

—Por eso, para que la tenga.

— Parece que dos aragoneses han hecho la apuesta de ir á Francia y traerse á un hulano vivo.

No dudo que la ganen.

Lo único que extrañaré es que llegue vivo el hulano.

Porque ¡le darán cada mordisco por el camino!

La otra noche se estrenó en el teatro de Madrid una cosa parecida á zarzuela, con el título *Indirectas del padre Cobos*, que fué silbada al final. La ejecucion fué de lo más deplorable que se ha visto en España y islas adyacentes.

En esta obra, que peca de inocente, se defiende á Montpensier para rey de España.

¿Qué habia de suceder?

Y gracias que el público estuvo prudente y no reventó de risa.

Atreverse á decir en un teatro que España se derriete por Montpensier, por un franchute, es exponerse á una silba segura.

Enhorabuena que haya montpensieristas, pero que no pasen de la prensa.

Una manifestacion montpensierista en cualquier pueblo de España se convertiria en un sainete de mala muerte.

Digámoslo con franqueza: desde la revolucion acá, Montpensier ha hecho solo una conquista: la de Manuel Becerra.

Con estos elementos no hay siquiera para una zarzuela.

.....«Estamos siendo el escándalo de todas las naciones.»  
 Así dice *El Cascabel*.  
 ¡Así dice el más templado de los montpensieristas!  
 Amada patria, ya sabes la honra que te espera de boca de esa gente.  
 O cástate con Montpensier ¡oh patria mía! ó resígnate á que sus partidarios te llamen prostituta.



Se ha notado que siempre que los franceses sufren una derrota, corre antes el rumor de haber alcanzado un triunfo.  
 Por eso se inventó aquello de:  
*¡Rumor sientol!*



Otra carta del montpensierista general Izquierdo, más descarada que las anteriores.  
 ¡Me froto las manos de gusto!  
 Al ver la armonía de los monárquicos, me parece que el futuro rey puede esperar sentado.  
 ¡Y todo por culpa de los demagogos!



*La Correspondencia de España* hace constar una declaración del diputado Orense, en la cual se afirma que si viniera un rey prusiano la nación entera lo rechazaría á viva fuerza.  
 Conste; pero conste asimismo que igual sucedería con un rey francés, ó acaso más.



Dícese que el gobierno ha enviado con una misión secreta cerca del gabinete portugués á un personaje misterioso.  
 ¿Tendremos en puerta otro candidato? Entonces, muchacho, alcánzame la escopeta.



Aconsejo al empresario del teatro de Madrid que no permita la representación de piezas tan estúpidas como *A pluma y á pelo...*  
 Ya que los actores, acaso por interés particular, tienen la desfachatez de representarlá, á él le toca mirar por el público que le favorece y no darle esa clase de disgustos.  
 Que vayan á Torrelodones con esas cosas; ¡pero en Madrid!



*Villano, incuo, bandido, pillito de playa, eunuco...*  
 Todos estos calificativos da á Víctor Manuel un peñiódico neo.  
 Podrá tener razón; á cualquier rey se le podrán aplicar semejantes nombres.  
 Sin embargo, yo estoy seguro que nadie se atreverá á llamar eunuco al rey de Roma.



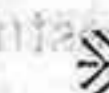
Ya ven Vds. cómo no es cierto que el rey Guillermo sueñe con la restauración del emperador.  
 Es menester que se convenzan Vds. de que los alemanes no son tontos, como desearían los moderados.



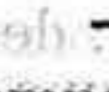
A los franceses les hace poca gracia que el rey de Prusia trate á Napoleón como si fuera emperador.  
 Eso mismo nos pasaba á nosotros con doña Isabel, á quien Napoleón trataba como reina.  
 Cosas de ellos.



En la primera sublevación de los carlistas no pasó de la frontera su rey Mamarracho VII.  
 En la segunda se fué á Viena.  
 A este paso, otra vez que se subleven los carlistas su Mamarracho VII se escapa al polo Norte.  
 ¡Cuidado que son valientes estos Borbones! Siempre van al frente de sus tropas como los príncipes de Prusia.  
 ¡Me cachis con los Borbonicos!



Ahora se ofrece á mi imaginación una duda; si la Prusia nos quisiese reponer á Napoleón, ¿este aceptaría la corona imperial?  
 Si se tratase de un hombre honrado, yo aseguraría que no.  
 Tratándose de un palaciego, lo dudaría.  
 Si se trataba de un monarca cualquiera, me parecería probable.  
 Como se trata de Bonaparte, lo tengo por seguro.



En esto habría su compensación.  
 Napoleón aceptando y el pueblo francés permitiéndolo, serían dignos el uno del otro.



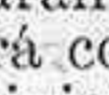
Me gustan á mí los hombres que cumplen sus ofrecimientos; calculen Vds. si me agradarán los que realizan más de lo que ofrecen.  
 Por eso estoy moralmente obligado á tributar mis aplausos al empresario del teatro de la Opera, que nos presentará en la próxima temporada una compañía de primissimo.

Nombres cantan.  
 Por ahí se han repartido profusamente los prospectos; en las esquinas se han pegado los carteles, y en unos y en otros han podido leer los aficionados los nombres de sopranos como las señoras Ortolani Tiberini, Spezia Aldighieri y Ferni (Carolina).

De tenores como Tamberlick, Tiberini, Peralti y Yela.  
 Contraltos que se llaman Natali Testa (Fanny) y D'Altona.  
 Barítonos tan conocidos y tan apreciados por nuestro público como Giraldoni y Aldighieri.  
 Altre prime como nuestra compatriota la señorita Castañón, y bajos como los Sres. Selva, Miral y Becerra.  
 Con tales elementos, ¿qué no podrá hacerse este año en el teatro de la Opera?  
 Y no digamos nada del caricato Ronconi.  
 Buena temporada teatral, si ya no es que... el tiempo se mete en lluvias... no lo permita Dios.



El domingo será gran día.  
 Quién sabe si aludirá á *El Imparcial* cuando nos habló de un día de universal regocijo.  
 Por la mañana, gran función en la capilla del Angel, con sermón, misa solemne y demás requileños, y aun se asegura—no respondemos de la exactitud—que habrá obsequio y todo.  
 Por la tarde se lidiarán seis toros, de los cuales hay excelentes noticias.



Por la noche funcionarán todos los teatros.  
 Con que, digo, si será completo el día; convengamos que el que no se divierte no quiere divertirse, porque haber diversiones las hay, eso sí.



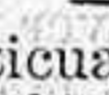
Un día de estos el regente revistará la tropa de guarnición en Madrid.  
 Qué actividad la de S. A. (y Vds. perdonen).  
 No puede estar parado un momento.  
 Concluye las cacerías y empieza las revistas.  
 ¡Es una muerte trabajar tanto!



Albricias, albricias; según dice un diario de noticias, la señora del señor ministro de Ultramar ha dado á luz una niña.  
 Ahora sí que puede darse por terminada la cuestión de Cuba.  
 Digo, me parece.



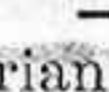
¡Qué coincidencia!  
 El 21 de Setiembre cayó derruido el trono temporal del Papa.  
 El mismo día comenzaron en Madrid las exhibiciones de trastos viejos.



De hoy más los anticuarios podrán conservar en sus *caóticos almacenes* el trono de San Fernando y la silla pontificia.  
 Cuando pasados algunos años todos se hayan olvidado de esos chismes, los verán las gentes con cierta admiración.



Leo en *La Correspondencia*:  
 «Ayer fué detenido en el paseo de Luchana un hombre que robó un reloj á las ocho de la noche.»  
 Pues mire Vd., es robar.



¿Y á dónde diablos irían *las ocho* con un reloj?  
 Calle Vd.; si hay hombres capaces de robar la palidez á la luna.  
 Ya ni las horas pueden estar tranquilas.

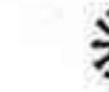


El Sr. Mendez Cabezola, redactor que fué de *Las Cortes*, ha publicado un folleto que lleva por título *La vida privada*, al cual folleto llama el autor con humildad inusitada *ensayo* sobre una cuestión trascendental.

No quiero decir si la obra es buena.  
 Pero debo declarar que el asunto es importante.  
 Tratándose de un escritor que sostiene lo mismo que en la cuestión creo yo, y defiende lo que en otra ocasión he defendido, no puedo ser más parco en elogios.  
 ¿Seré modesto?



*La Nación*.  
*La Iberia*.  
*El Imparcial*.  
 Etc., etc., etc., se empeñan en que los republicanos no nos entendemos. Sea como Vds. quieran. Estamos divididos: bien; ¿y qué?  
 ¿Se cree por eso que la república no ha de venir? Callen por su vida, ya verán Vds. cómo viene.



Bien dicen los que llaman á nuestro siglo, siglo de la electricidad.  
 Vivimos muy de prisa.  
 Ayer nació la infalibilidad del Papa; en pocas horas se engendró, se dió á luz, creció, envejeció y ya ha muerto.  
 ¡Esta fué su vida!



Vuelvo á meditarlo.  
 Se ha muerto de repente en las Salesas una señora oyendo misa.  
 ¡Qué tal sería!  
 —¿Quién, la misa ó la señora?  
 —Espere Vd. Vuelvo á meditarlo.



La autoridad de Marsella ha obligado á aquellos religiosos á que tomen las armas.  
 ¡Qué contraste!  
 Aquí siempre hemos de obligarles á que las dejen.



En Rio-Janeiro varios diputados han propuesto la abolición de la esclavitud.  
 ¡Satanás triunfa en todas partes!



Con que las monjitas de Aguilar han optado por la excomunión.  
 —¿Todas?  
 —Todas!  
 —Pero, señor, ¿cómo penetran las ideas disolventes del mundo hasta las antecelas mismísimas del cielo?  
 Pateta anda en ello.



Parece que los federales andamos más divididos que nunca.  
 Parece que estamos de acuerdo con los carlistas.  
 Pero en cambio también parece que los monárquicos, unidos, compactos, unánimes, no tienen más que motivos de regocijo.  
 (Capaces son de creerlo).



Diputaciones provinciales y ayuntamientos padecen grandes fatigas por falta de fondos.  
 Nos alegramos infinito.  
 Once millones para excomunión; doce millones para monjas; ciento setenta millones para el clero...  
 Justo es que rabién de hambre los que así malgastan el dinero.



¿Me sabría Vd. decir en qué consiste la frecuencia con que la *Gaceta* saca plagados de errores decretos importantes, de suerte que al día siguiente los ha de publicar de nuevo alterados á veces en puntos de gravísima importancia?  
 —Hombre: es menester que el pueblo se acostumbre poco á poco á esas cosas.  
 Así, cuando se publique la Constitución sin las erratas de los artículos 32, 33 y 34, ya no cogerá á nadie de sorpresa.

## FUERO DE SALAMANCA

PUBLICADO AHORA POR VEZ PRIMERA CON NOTAS, APÉNDICES Y UN DISCURSO PRELIMINAR

POR J. SANCHEZ RUANO,

abogado del Colegio de Madrid.

Contiene además del FUERO inédito un análisis de las Ordenanzas de 1619 y noticias históricas y sinopsis completo de los Fueros de Béjar, Ledesma, Alba de Tormes, Ciudad-Rodrigo, Freñedea y de otras villas y lugares de la provincia de Salamanca.  
 El libro consta de XXXVI-491 páginas en cuarto mayor español. Se vende en la Administración de *El Pueblo*, Corredora Baja, 43, y en la librería de Durán, Carrera de San Jerónimo, al precio de DIEZ REALES la edición económica y á CATORCE la de lujo.

CHOCOLATES SUPERIORES  
 DE LA  
**COMPANIA ESPAÑOLA**  
 GRAN FABRICA MOVIDA AL VAPOR  
 MADRID.  
 PASEO DE ARENEROS, 8.—BARRIO DE POZAS.

El establecimiento industrial de la COMPANIA ESPAÑOLA reúne de una manera excepcional todas las condiciones que constituyen una FABRICA-MODELO: gran desahogo en sus espaciosos y ventilados talleres, limpieza esmeradísima en todas sus dependencias y una completa perfección en los aparatos que elaboran el chocolate, tales son las circunstancias que más resaltan en la fabrica de la ESPAÑOLA.  
 Sus productos son bien conocidos del público, y la mejor prueba del favor con que los distingue es el desarrollo siempre creciente de su industria. Por esta razón y con el fin de atender desahogadamente al consumo de su numerosa clientela, acaba de montar en su establecimiento UNA NUEVA MAQUINA DE VAPOR DE LA FUERZA DE 30 CABALLOS.  
 La fabrica puede visitarse libremente.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.